



CAPÍTULO V

Entra en escena un gallo de pelea con buen espolón
y buena cresta

CONCHA salió de misa. Las puertas del templo dieron paso á una multitud compacta que se extendía como la mancha del aceite, como una oleada, é invadía la calle de árboles del átrio.

Estos árboles cubrían á muchos pájaros. Reclinados en un tronco á manera de tábanos, estaban dos solterones de á cincuenta abriles, asíduos concurrentes á aquel lugar todos los domingos de diez á una: más allá es-

taban cuatro pollos, después algunos colegiales ataviados con prendas de Godard y de Salín, algunos empleados de la nueva época acreditando en su compostura la exactitud de la quinceña; algunos cricones apoderados de una banca y rodeados de jóvenes que estaban aprendiendo á vivir en ese *carnet* de ciertas charlas que realmente son un libro abierto, pero cuyas páginas no son de lo más edificantes.

De este grupo, que era de los más numerosos, se desprendió bruscamente un general, hombre de más de cuarenta años, con la barba gris y con cierto aspecto de aseo, de elegancia y aún de refinamiento. Este general era el coronel protector de Pedrito.

Con una rapidéz eléctrica se difundió una sonrisa maliciosa en todo el grupo, todos volvieron la cara para ver alejarse al general.

Concha acababa de pasar.

Todo el grupo los siguió con la vista, y Concha y el general se perdieron por las calles de Plateros.

Concha había notado que álguien la seguía, pero no volvía el rostro: varias veces se paró fingiendo contemplar esa multitud de curiosidades y objetos de lujo, que forman pequeños museos detrás de un cristal en las calles de Plateros y San Francisco. A veces notaba Concha que los pasos que iban resonando detrás de ella cesaban. Ya no le cabía duda, la seguían.

—Si vuelvo la cara, pensó Concha, esta acción deberá traducirla mi perseguidor de este modo: «ya sabe que la sigo» y esto cuando menos es entornar la puerta; fingiré que no le veo.

La mujer, como no tiene alas, está muy mal parada siempre que hay cazador en el cercado. Si la mujer supiera volar ó por lo menos correr, po-

dría decirse en amor que al mejor cazador se le vá la liebre. Pero la mujer empieza por no saber qué hacer cuando la persiguen.

Siempre cree acertar, y siempre yerra.

Siempre cree defenderse, y se entrega.

El general conoció que Concha disimulaba y dijo: ¡bueno! con la misma satisfacción con que un cazador diría «no me ha visto la res.»

Concha creyó que su disimulo era tan perfecto que nadie se apercibiría de que disimulaba, y creyó esto con tanta más razón cuanto que *extraño* los pasos.

Era que el cazador estaba sobre la pista; y habiendo dado un paso adelante procuraba quedarse atrás.

Por lo visto, el general era buen cazador.

Concha no volvió á sentir los pasos y se vió tentada de hacer una solemne contramarcha.

¿Qué deseaba en aquellos momentos Concha? ¿que la siguieran ó que la olvidaran?

Nosotros no lo sabemos, ni Concha tampoco.

Hé aquí la suerte de una mujer pendiente de un cabello.

Concha se sintió halagada de que la siguieran, y la idea de serle indiferente á *aquél*, quien quiera que fuese, ofendía su vanidad de mujer, y de mujer engalanada.

Cuando la mujer acaba de trazar en el tocador el renglón de la composición, lo coloca como los impresores, entre dos manecillas: de aquí nace que la mayor ofensa que podeis hacer á una mujer compuesta es no verla.

Concha, como hemos dicho, se había

engalanado, había comenzado por calzarse unos pequeños botines de raso negro, adornados con cuentas y encajes, se había ataviado competentemente, no la faltaban ni el lujoso libro de misa ni el magnífico pañuelo, ni el velo, esa indecisión encantadora y provocativa, esa interposición seductora que se llama velo, y detrás del cual la mujer os acecha y os hostiliza con ventaja y premeditación.

Las mallas del punto negro, os ofrecen la hermosura como el follaje de las florestas os presenta el horizonte tornasolado de la tarde.

Vuestra ilusión entonces, aunque no seáis pintor, completa las líneas que el velo deslíe en un vapor formado de hilos negros.

Cuando Concha echó de menos los pasos pensó en todo esto: le parecía que sus botines estaban irreprochables

porque en «El botín de los novios» saben calzar admirablemente: juzgaba además que aquel saco de terciopelo negro lo había confeccionado Celina, y pensaba, en fin, que el más exigente de los genios del gusto y de la moda la encontraría vestida con toda la elegancia y coquetería apetecibles.

Concha cambió de repente de opinión, como si la veleta de su sexo hubiera recibido el aletazo de un viento contrario, y dijo para sí:

— ¡Qué sé yo que pobre diablo será el de los pasos! vale más no volver la cara, porque sería desgarrador encontrarme con un palurdo ó con un viejo: por otra parte, pensó entrando en una nueva serie de ideas de distinto género, ya no debo amar á nadie, Arturo ha muerto, Pío Blanco.....

Al llegar aquí Concha se ruborizó.

— Pío Blanco está preso, mi herma-

no también y sería yo una loca si pensase... Decididamente voy á ser una mujer juiciosa y Dios me ayudará.

Y como si todo esto fuera lo que Concha sentía más vivamente, creyó tomada su última resolución y anduvo más de prisa.

Al cabo de un rato sintió los pasos y después la voz de una persona que casi al pasar junto á Concha dijo:

—Adios, general.

—¿Será general? pensó Concha con la velocidad del rayo.

Un soldado inválido se acababa de parar, cuadrándose al frente y dirigiendo la vista en dirección del perseguidor de Concha.

—Sí es, pensó ésta, y experimentó cierto ofuscamiento, sus ideas se confundieron, y en aquellos momentos no predominó en su ánimo resolución ni pensamiento alguno.

El principio de toda caída es ese desvanecimiento siniestro.

Todos los malos pasos son precedidos de un sopor que parece ser el aliento de la fatalidad.

Concha entró en su casa como si acabara de sucederle algo, y en realidad no tenía más enemigos que su pensamiento y el ruido de unos pasos.

En la senda de lo indeterminado y de lo porvenir, la mujer lleva sobre el hombre la ventaja de los presentimientos.

Concha entró en su lindo dormitorio; ya estaba aseado, había desaparecido ese desorden del campo de batalla, los cofres habían vuelto á cerrarse, los botes de pomada habían vuelto á guardar bajo el tapón su volátil esencia, no sin haber impregnado la atmósfera del retrete, comunicándole no sabemos qué de sensual y de confortable.

Concha, antes de arrojar el velo, dirigió una mirada al espejo. Así la había visto el general, con velo; en seguida lo arrojó y se dejó caer en un magnífico confidente de brocatel azul, así permaneció un largo rato.

El pensamiento de Concha pasaba por una de esas oscuridades indefinibles, que son una parálisis.

Ni ella misma sabía en qué pensaba.

Se podía decir, propiamente, que estaba desprevenida.

El cuerpo de la criada se dibujó en la puerta.

Buscan á usted, dijo.

Concha se estremeció, tuvo miedo, tembló y no supo qué contestar.

Había algo en la fisonomía de Concha, que la criada tradujo por una sonrisa, y desapareció.

Un momento después, el general estaba delante de Concha.

Concha iba á pararse, pero se le doblaron las piernas.

El general saludó con suma gracia.

Concha estaba sintiendo esa impotencia parecida á la de ciertos sueños, ese embargamiento irresistible del susto que retiene la secreción de la saliva y que impide toda acción.

El general se sentó junto á Concha.

—Perdone usted, señorita, mi atrevimiento; pero estoy locamente enamorado de usted.

—Pero, caballero, dijo Concha con extrañeza.

—Conozco que debe usted culparme; pero lo hecho no tiene remedio.

Conozco que la posición de usted es muy delicada, y que después de los acontecimientos desgraciados de que todos nos lamentamos, quedaba usted expuesta á ser la burla de algún mal caballero.

Yo vengo á ofrecer á usted no solo mi corazón, sino el aseguramiento de su porvenir. Tiene usted un hermano, de cuya suerte me he encargado ya.

Hay un resorte noble y poderoso en el corazón de la mujer, que la hace superior á toda seducción.

Concha sintió que se rebelaba algo en su interior, como la dignidad suprema; y la pobre hija de Doña Lola y Don Jacobo, la polla humilde se revisió de altivez de la dama, y colocada en ese pedestal á que tienen derecho todas las mujeres que defienden su pudor, lanzó una mirada de sublime orgullo al general.

El general bajó los ojos, porque también en el corazón del hombre hay, en todas las circunstancias de la vida, un resorte sensible que cede ante el derecho y ante la justicia.

El gran señor, el opulento, el nove-

lesco general, se había sentido humillado ante aquella mujercilla débil.

Hubo un momento de silencio.

El general procuraba rehacerse.

Concha estaba conociendo que había obrado bien.

Concha tenía su causa á su favor, y se sentía con fuerzas para luchar.

El general hizo lo que todos los calaveras, abandonó el terreno legal para armarse de osadía y cinismo.

Confío, prorrumpió al fin, en que los escrúpulos desaparecerán en breve.

—¡Los escrúpulos! repitió desdeñosamente Concha.

—Estoy dispuesto á todo.

—En ese caso...

Y Concha dirigió una mirada á la puerta.

—Menos á marcharme, se apresuró á decir el general.

—¡Ah! dijo Concha con profunda ironía.

—Sea usted razonable y hablemos como buenos amigos: la amo á usted.

—¿Desde cuándo?

—Hace un siglo.

—No soy tan vieja.

—El amor no envejece.

—¿Y los militares? preguntó Concha fijando sus ojos expresivos en los cabellos del general.

—Son siempre jóvenes.

—Pero no siempre ganan.

—Peleando...

—Aquí pierde usted, señor general.

—¿Qué?

—El tiempo.

—¡Quién sabe!

—Es usted presumido.

—El amor es tenaz.

—Como los viejos.

—Vamos, hermosa Concha, veo que he logrado volver á usted su jovialidad.

—¿Porque me río?

—Sí.

—Es que no debo tomar por lo serio ninguna burla.

—Yo no me burlo.

—Se divierte usted, caballero, y como no me ha bastado indicar á usted que debía marcharse, me veo precisada á tolerar su visita.

—Yo procuraré que llegue á serle á usted agradable.

—Es difícil.

—Poniendo todos los medios, así lo espero: por ejemplo, si le repito que es usted una mujer encantadora, cuyos ojos...

Concha miró al general.

Se había movido en Concha otro resorte.

El amor propio de la mujer está siempre entre ella y su virtud.

El general vió desfilarse sus avanzadas.

Acercó su silla.

Concha recojió la orla de su vestido negro.

—Conchita, dijo el general como si rectificara sus posiciones: me encantan los desdenes de usted.

Concha miró al general.

—Y sus ojos, añadió éste.

Concha los cerró.

El general acercó más su silla, y como Concha no lo vió porque tenía los ojos cerrados, no recojió la orla de su vestido negro.

—Aseguro á usted, Conchita, que vamos á pasar una tarde muy divertida.

Concha intentó levantarse.

—Es inútil, dijo el general.

—¡Inútil! preguntó Concha con extrañeza.

—Me he permitido proporcionar á la criada de usted la inocente diversión

del teatro: se dá el Jorobado, y la pobre muchacha vá á estar muy contenta. El Jorobado es muy bonito.

—¿Sí?

—Es de Juan Mateos.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa.

—Quiere decir, caballero, dijo Concha de repente, que usted ha tomado posesión de mi casa sin mi consentimiento, y ya dispone usted hasta de mis criados.

—Pido á usted mil perdones.

—¿Y me deja usted sin una persona que me sirva la mesa?

—Aquí estoy yo.

—Muchas gracias.

—Soy hombre prevenido.

—¡Pero qué es lo que oigo!

—Que me he permitido el placer de que comamos juntos.

—¡Pero caballero!

—Pido de nuevo perdón; pero ya está aquí la comida.

—¡Hola! dijo en seguida en voz alta, y como en una escena de comedia aparecieron dos criados del Hotel de Iturbide con una gran charola y trastes.

—Aquí, dijo el general acercando á Concha la mesa redonda.

—Pero...

Los criados saludaron ceremoniosamente y comenzaron á colocar los platos y los cubiertos.

Concha estuvo á punto de violentarse; pero conoció que era dar un escándalo inútilmente, se sintió humillada y le pareció que aquel hombre llevaba su audacia á un término increíble: bajó los ojos, los ocultó entre su pañuelo y se puso á llorar.

Los criados, después de haber colocado el primer servicio, se retiraron.

—Es muy triste que se ponga usted

á llorar en los momentos de tomar la sopa, dijo el general. Es necesario que tenga usted más calma y que se preste usted á entrar en amena conversación.

Concha mordía su pañuelo, conteniéndose para no estallar.

—Caballero, dijo al fin levantándose, me veo precisada á decir á usted que está abusando cobardemente de mi aislamiento y de mi posición; pero por desvalida que parezca, todavía me considero con la entereza suficiente para echar á usted en cara su proceder y para suplicarle que se retire.

—Van á notar los criados lo que aquí pasa.

—Lo deseo así.

—¡Qué dirán!

—Me ampararán si los llamo.

—Es difícil, están gratificados.

—Para servir, pero no para ser infames.